

El rector de Justin (Libros del Asteroide nº 69) (Spanish Edition)

Pages: 392

Publisher: Libros del Asteroide; 1 edition (September 1, 2010)

Format: pdf, epub

Language: Spanish

[[DOWNLOAD FULL EBOOK PDF](#)]

• ndice [El rector de Justin](#)

[1. El diario de Brian](#)

[2. El diario de Brian](#)

[3. El diario de Brian](#)

[4. El diario de Brian](#)

[5. De El arte de la amistad de Horace Havistock](#)

[6. De El arte de la amistad de Horace Havistock](#)

[7. De El arte de la amistad de Horace Havistock](#)

[8. El diario de Brian](#)

[9. Las notas de David Griscam](#)

[10. Las notas de David Griscam](#)

[11. El diario de Brian](#)

[12. La historia de Cordelia](#)

[13. La historia de Cordelia](#)

[14. El diario de Brian](#)

[15. Manuscrito de Charley Strong \(1921\)](#)

[16. El diario de Brian](#)

[17. Las memorias de Jules Griscam](#)

[18. Las memorias de Jules Griscam](#)

[19. Las memorias de Jules Griscam](#)

[20. El diario de Brian](#)

[21. El diario de Brian](#)

[22. El diario de Brian](#)

[23. El diario de Brian](#)

[24. El diario de Brian](#) [Colofón](#) [Nota biográfica](#) [Recomendaciones Asteroide](#) **Louis Auchincloss** [El](#)

rector de Justin Traducción de Ignacio Peyró Título original: *The Rector of Justin* Queda rigurosamente

prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en

las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,

incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante

alquiler o préstamo públicos. Copyright © 1964 by Louis Auchincloss © de la traducción, Ignacio

Peyró, 2010 © de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U. Publicado por Libros del Asteroide

S.L.U. Avió Plus Ultra, 2308017 Barcelona España www.librosdelasteroide.com ISBN:

978-84-15625-58-2 Depósito legal: B. 17.241-2013 Diseño de colección y cubierta: Enric

Jardí Actividad subvencionada por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Para dos John Winthrops: mi hijo y mi hermano **1. El diario de Brian** 10 de septiembre de

1939 Siempre he querido llevar un diario, pero cada vez que estoy a punto de empezar uno, me

disuade la idea de que ya es demasiado tarde. Me desanima pensar en todas las cosas fascinantes

que podría haber escrito de haberlo comenzado tiempo atrás. Y no es que mi vida haya sido muy

emocionante; al contrario, ha sido muy gris. Pero también una vida gris puede ser la trama de un

diario. Para un hombre pasivo, la mejor manera de superar a los hombres de acción es escribir sobre ellos. El propio Rey Sol, ¿acaso no es un personaje más en la crónica de Saint-Simon? Acaba de comenzar una guerra mundial en Europa; mientras, en este país, Brian Aspinwall está a punto de empezar su primer trabajo. Desde luego, si alguna vez voy a llevar un diario, ésta es la ocasión. ¡El primer trabajo a los veintisiete años! Voy a ser profesor auxiliar de Inglés en Justin Martyr, un internado episcopaliano para chicos a cincuenta kilómetros al oeste de Boston. Ayer mismo llegó el telegrama de un tal señor Ives. Uno de los profesores quiere marcharse a Canadá para alistarse en su fuerza aérea, y por eso me han contratado sin mediar entrevista. Esto supone un alivio, después de que el Ejército Británico me rechazara, antes de que me fuera de Oxford en julio. Como es natural, no les entusiasmó un estudiante yanqui sin experiencia y con un soplo en el corazón. De haberme quedado allí, ahora que la guerra ha comenzado de verdad, tal vez habrían rebajado sus requisitos pero así al menos tengo la sensación de que estoy dejándole el camino libre a un hombre físicamente capacitado para luchar contra ese anticristo de Berlín. El momento es inmejorable para hacer inventario. En el cuestionario a los titulados que envió este año el secretario de mi promoción de Columbia, sólo pude consignar el logro, tan precario, de haberme ido al extranjero a cursar estudios de posgrado. Y ahora, porque se me hacía insostenible quedarme en Oxford sin vestir un uniforme militar, ni siquiera seré capaz de terminarlos. Me parece que, básicamente, cuanto he hecho desde que cumplí los diecisiete años es buscar refugio en la literatura ante la agonía de decidir si estoy capacitado para ser ministro de la Iglesia. Tal vez me ayude a saberlo el vivir en un colegio religioso. Quiera Dios que así sea. Debo esforzarme, sin embargo, en no ser demasiado duro conmigo mismo. Después de todo, ése es otro tipo de vanidad. Es un hecho que, desde la niñez, he tenido una salud muy frágil. Y es otro hecho que, como hijo único de unos padres mayores, tuve que acompañarles en el largo tramo final de sus enfermedades. Fue gozoso —y lo digo con toda sinceridad— poder servirles de ayuda, pero supuso retrasar aún más mi entrada en el mundo laboral. En consecuencia, no es del todo mi culpa que haya empezado tan tarde, si es que puede decirse que he empezado. Con la ayuda de Dios, en Justin Martyr podré comprobar la verdadera medida de mis capacidades. Es un colegio de buen tamaño, con cuatrocientos cincuenta alumnos, y su director y fundador, el reverendo y doctor en Teología Francis Prescott, probablemente sea el nombre más importante en la educación secundaria de Nueva Inglaterra. Ahora ya es un hombre mayor, de casi ochenta años, pero es sacerdote, y seguramente tendrá mucho que enseñarme. Quizá resulte que, después de todo, he sido «llamado» a Justin. Soy tímido, me falta carácter, soy de baja estatura. Tartamudeo cuando me pongo nervioso, y todavía parezco más un muchacho que un hombre. Todo esto va en mi contra, pero no me da miedo decir lo que quiero decir, y creo que, en los momentos críticos, se puede contar conmigo para defender lo que es justo, aunque sólo sea por el miedo que tengo a decepcionar a Dios. Esperemos que llegue a dar la talla como profesor.

16 de septiembre Justin Martyr. Llegué anteayer, una semana antes que los alumnos, para preparar mis clases con el señor Anders, del departamento de Inglés. Todo resulta muy apurado, pero aquí saben que soy un sustituto de urgencia, y el profesor Anders es la bondad personificada. Todavía no sé muy bien qué opinión me merece el aspecto del colegio. El lunes me deprimía, el martes me comenzó a parecer mejor; hoy —con un tiempo magnífico— me gusta. Sigue de modo muy convincente el estilo arquitectónico de H. H. Richardson, con grandes volúmenes de ladrillos de color rojo oscuro, arcos románicos en granito, gloriets y largas columnatas. La abundancia de campos de césped y setos verdeantes, y el porte glorioso de los olmos, aligeran cierta tendencia a las formas pesadas, y evocan un monasterio medieval en el Mediodía francés o, sin ir tan lejos, una asentada colonia veraniega en la Nueva Inglaterra de comienzos de siglo. Como es habitual, Dios lo ha hecho mejor que el hombre. Entrando ya en detalles, el internado se erige en torno a un campus de forma oval, en cuyo extremo norte se alza Lawrence House, el edificio principal, donde se encuentran la biblioteca, el comedor y la residencia del rector. Avanzando en el sentido de las agujas del reloj, se halla el edificio del colegio, con altos ventanales góticos en el gran salón de actos y un campanario octogonal desde el que, cada mañana a las siete, se da el toque de diana; luego está el gimnasio, con el aire florentino que le otorgan sus grandes piedras y pequeñas ventanas; siguen las residencias de los estudiantes: Depew, Griscam y Lowell y, por último, la capilla, construida en

piedra arenisca, un descanso tras tantos rojos y grises, con su alta torre cuadrada, que, al elevarse, parece empujarse a la comunidad escolar apiñada a sus pies. Es una torre notable. La mirada la sigue en su ascenso, acompañando su impresionante progresión, más allá de las estrechas rendijas de las ventanas, hacia la azotea almenada, desde la cual se alza un tejadillo de tablas piramidal; después, todavía trepa vertiginosamente hasta su culminación en una torrecilla circular coronada por un agudo chapitel. El profesor Anders dice que es como la fe del doctor Prescott, grande y audaz, bella en su desdén a la belleza. Supongo que hoy mucha gente encontraría esta arquitectura pesada, banal incluso. Insistirían en que hay que educar a los jóvenes en edificios modernos, con amplios ventanales que dejen entrar la divina luz del día, pero yo me pregunto si no será algo más que el sentimentalismo lo que me lleva a empezar a ver este campus como un lugar esperanzador. Tengo la impresión de que el doctor Prescott debió de haber previsto desde el principio que los chicos no se fijan en la arquitectura aunque ésta les influye. Me imagino que, seguramente, buscó un estilo que sugiriera fuerza y dureza, y que, al mismo tiempo, no dejara de ofrecer una comodidad consistente. Y ¿qué mejor manera de conseguirlo que retro trayéndose a la tradición cristiana de los días en que la fe no se hallaba totalmente segura ante los ataques paganos? Y es que hay insinuaciones de su condición de fortaleza aquí y allá: en la cornisa amatacanada de la enfermería, en los muros grises y las troneras del gimnasio, e incluso en la misma torre de la capilla. Fue esto lo que al principio me deprimió. Ahora veo que los campos de césped y los olmos umbrosos relegan la idea de la guerra a un pasado en el que resuena el apagado rumor de los tambores. La paz predomina en el recinto y, en un radiante día de otoño como éste, casi parece una paz soñolienta, con los chicos aún lejos, y sólo el zumbido de un cortacésped rompe su silencio. Pero es una paz fruto de la dignidad y el honor, contra este despliegue inmóvil de rojos y de grises; una paz que no ha olvidado la lucha, ni ha desdeñado el esfuerzo, la paz de la Iglesia Militante. Sí. Creo que va a gustarme Justin Martyr. 17 de septiembre Quizá me he precipitado al decirlo. Ayer aún no conocía al doctor Prescott. Se ha quedado aquí todo el verano porque su mujer está muy enferma, y me topé con él por casualidad, al pasar por delante de su puerta. Digo que «me topé con él». Rectifico. Uno no «se topa» con el doctor Prescott. Mi pluma es un burdo sustituto de la cámara a la hora de describir a un hombre tan magníficamente fotogénico y tan fotografiado. Resulta bajo —como de un metro sesenta— para tener una presencia tan dominante, impresión que se acentúa por sus amplios hombros, el cuello de toro, la cabeza cuadrada, de aspecto noble, y el grueso flequillo de pelo gris, ondulado y tieso. Me pregunto si no tendrá un punto de vanidad con su pelo, pues dicen que nunca lleva sombrero, ni siquiera en las temporadas en que los alumnos deben llevarlo. Esta tarde vestía una capa azul con un cuello de terciopelo abrochado con una cadena, y se ayudaba de un bastón de ébano, una combinación que hubiera parecido teatral de no haberle sido tan propia. Para su edad, tiene una cara sorprendentemente tersa, salvo por unas marcadas arrugas en torno a los labios; su frente es despejada y pálida; las cejas, muy tupidas; la nariz es recta, con una punta casi imperceptiblemente ganchuda; los ojos, grandes, muy separados entre sí, de color castaño, con un reflejo amarillento. Según el señor Anders, sus críticos afirman que se parece demasiado a un gran hombre para serlo. Me detuve al verlo bajar las escaleras, sin querer inmiscuirme en su intimidad, pero cuando él también se detuvo, me di cuenta de que estaba esperando que me acercara. Sabe convocarle a uno sin una sola palabra, sin un solo movimiento de sus enormes cejas. —¿Usted es Aspinwall? —Su voz tiene una melancolía aterciopelada y profunda—. Ha sido una alegría dar con usted en tan poco tiempo. ¿Le han asignado ya un equipo de fútbol? Pensé que había confundido la índole de mis responsabilidades. —Creo que voy a estar en el departamento de Inglés, señor. Me miró con frialdad. —Estoy al tanto, pero en Justin como verá que se hace en otros colegios la costumbre es que los profesores jóvenes, sobre todo los solteros, formen parte del programa de deportes. Tal vez podamos encontrarle un equipo al que entrenar en alguno de los primeros cursos. Los Monongahelas de cuarto.—¿Los qué de cuarto, señor? —No me atreví a confesar que ni siquiera sabía las reglas del juego. —El colegio tiene dos equipos para que jueguen entre sí —me explicó con el tono de voz, reflexivo y pausado, de quien nunca repite sus palabras—. Son los Monongahelas y los Shenandoahs. —No esbozó ni un asomo de sonrisa al mencionar estos sorprendentes nombres indios—. Por supuesto, el equipo oficial para jugar con los demás

colegios se compone de jugadores de los dos. Los Monongahelas llevan camisetas azules y los Shenandoah rojas. A los alumnos se les destina a un equipo u otro en su primera semana en el colegio, y forman parte de él hasta que se gradúan. Cuando estoy nervioso debería callarme. Quedé horrorizado al oírme responder: —Eso es estupendo. —No sé si pensó que me estaba riendo de él, pero no hizo nada que lo indicara. —¿Estuvo usted en Oxford? —inquirió. —Sí, señor. En Christ Church. —Yo estuve en Balliol. —Frunció los labios, arrastrando con ese movimiento las mejillas hacia abajo, y mudó su expresión hasta adoptar el semblante de quien cavila algo—. Tenemos que hablar un día de éstos. La pobre y vieja Inglaterra ya no tiene escapatoria. —Se dio la vuelta y siguió su camino. ¡Así que éste es el famoso rector de Justin...! Ni una palabra sobre la asignatura para la que me han contratado; tan sólo una lección sobre los deportes del colegio. No sabía que el dios del fútbol hubiera llegado a conquistar incluso los colegios religiosos. Es un negro presagio. 28 de septiembre Los alumnos llevan cinco días aquí. Hasta hoy no he querido dejar constancia de mis impresiones sobre el colegio con el curso ya en marcha, pues he aprendido a ser indulgente con esa parte tímida y aprensiva de mi carácter que, como un pincel maléfico y fantasmal, del todo ajeno al control del pintor, se las arregla para emborronar con nubes y borrascas el paisaje más soleado. Si algún día llego a ser sacerdote, con la ayuda de Dios, debo aprender a ser alegre. Pero ahora, después de más de cien horas con los chicos, con el ánimo todavía por los suelos, empiezo a preguntarme si seré capaz de ajustar mi penoso paso a la ruidosa marcha de Justin. Y es que ni siquiera había imaginado que pudiera llegar a hacerse tanto ruido. Tengo la permanente sensación de estar a punto de verme desbordado. Los demás profesores han sido amables, pero con la amabilidad de quien espera que uno empiece a nadar tras la primera zambullida. El señor Ives, el subdirector, cuya relación con el doctor Prescott es como la de un segundo de abordaje con el comandante del barco —un hombre pequeño y fino, con aspecto de pájaro y unos ojos ambarinos que parecen abarcarlo todo—, me instruyó pacientemente sobre mis obligaciones el primer día, pero como parecía dar por hecho que iba a retenerlo todo de una sola vez, el miedo se apoderó de mí, y sólo pude asentir como un idiota al fluir de aquellas frases perfectamente hiladas que yo no alcanzaba a comprender. Resulta muy triste estar en los umbrales del año escolar y saber que mañana mismo puede ser el Día del Juicio Final. Apenas he vuelto a ver al doctor Prescott. ¡Gracias a Dios, creo que se ha olvidado del fútbol! A su pobre mujer parecen quedarle pocos días, por lo que ha pasado la mayor parte de su tiempo con ella. Aun así, cada mañana dirige las oraciones en la capilla y preside la asamblea en el edificio del colegio. El temor reverencial que inspira entre alumnos y profesores es algo que hay que ver para creer. Los profesores no hacen más que contar historias sobre su prodigiosa memoria, su extraordinaria intuición, su terrible genio. Al oírles hablar y hablar, uno supondría que él todavía se encarga personalmente de cada detalle de la administración del colegio, si bien, ateniéndonos a los hechos, imagino que es el omnipresente Ives quien en realidad la dirige. Un director, sobre todo un director tan venerable como el doctor Prescott, ha de ser como un monarca constitucional. Cumple su labor con dejarse ver. 30 de septiembre Todo va a peor. Los chicos de mi dormitorio, de cuarto curso, me han estado tanteando, y ya han visto que pueden dominarme. Esta noche ha habido un tremendo griterío después de apagar la luz, y me he visto en un aprieto lamentable. ¿Cómo somete uno a cuarenta y tantos chicos de quince años cuando todo está a oscuras? En última instancia, por miedo a que los ruidos llegaran a los oídos que todo lo oyen del señor Ives, me he llegado a grandes pasos a la puerta del dormitorio, he encendido la luz y he gritado en lo que me temo que ha sido un falsete tembloroso: «¿Quién está hablando aquí?». Alguien ha respondido: «¡Usted!», y las inmediatas y estruendosas risas deben de haberse oído por toda Lawrence House. Desesperado, he farfullado: «Voy a dar parte de todo el dormitorio al director», y me he marchado dando un portazo. Sentado de nuevo a mi mesa, sujetándome con las manos las sienes doloridas, poco a poco me he dado cuenta de que el dormitorio, al fin, está en silencio. Pero ¿qué consuelo es éste cuando, por la mañana, averigüen que no he cumplido mi amenaza? Y es que no voy a cumplirla. ¿Cómo podría? ¿Cómo podría admitir que los chicos estaban fuera de control? Tan sólo puedo sacar este diario con el deseo insensato de meterme dentro de él y cerrar sus tapas sobre mi ridícula y mortificada cabeza. ¡Ah, diario, diario, si pudieras esconderme! ¡Si pudiera convertirme en tinta! Dios mío, ¿tendré alguna vez éxito como profesor? Y,

si no puedo manejar a unos cuantos chicos, ¿es factible que alguna vez llegue a ser misionero? ¿O a llevar una parroquia? Quizá sólo valgo para convertirme al catolicismo y pedir el ingreso en una orden contemplativa. Dios mío, por favor, que haya silencio en el dormitorio. 4 de octubre Esta tarde he tenido mi segunda conversación con el director. Como la primera, también ha surgido por un encuentro casual. Yo iba hacia el río, más allá de los campos de deportes, cuando de pronto di con el fornido personaje y su capa de amplio vuelo. Él estaba cruzando el camino del primer campo, donde se queda a mirar, durante media hora cada día, los entrenamientos de fútbol, mientras permanece en silencio, apoyado sobre su bastón. Al verme, su expresión no fue amistosa.—Buenas tardes, Aspinwall. ¿Adónde va usted? —Voy al río, señor. —Y con los instintivos buenos modales del mundo extraescolar, añadí—: ¿Le apetece acompañarme? Hace un día precioso. Su mirada puso de manifiesto la irrelevancia del buen tiempo. —¿No está entrenando a ningún equipo de los primeros cursos? Creí que el señor Hinkley le iba a encargar uno. —Sí, señor, eso iba a hacer, pero cuando se dio cuenta de que no sabía las reglas del juego, lo dejó por inútil. —Entonces le sugiero que venga conmigo y aprenda las reglas —dijo con severidad—. El fútbol americano es más que un deporte, ¿sabe? Es una mezcla de entrenamiento del cuerpo y de la personalidad. Si quiere entender a los chicos, tiene que entender el juego. Vamos a ver qué hace el segundo equipo. Durante cuarenta miserables minutos me quedé de pie, como un bobo, junto a las gradas vacías, mirando el partido mientras el doctor Prescott me lo iba explicando. Al principio era brusco y parco en palabras, pero cuando los pases de un muchacho de quinto que, a todas luces, era una promesa, empezaron a despertar su entusiasmo, se fue volviendo más agradable, y después de un pase excepcionalmente largo y llevado a buen término, me dio una palmada en la espalda. —¡Por Júpiter! Ese Craddock pasa como los ángeles. ¿Va viendo ya lo que quería decirle, Aspinwall? Cuando por fin se fue, me recomendó que me quedara para seguir observando el juego. Le di las gracias y, en un murmullo, le dije que esperaba que la señora Prescott se encontrara mejor. Sacudió la cabeza, como si mi interés estuviera fuera de lugar. —Está todo lo bien que puede estar —dijo lúgubrementemente—. Voy a encargarme de que el señor Hinkley le dé un manual de fútbol americano. Buenas tardes, Aspinwall. ¡Y éste es el hombre con el que había decidido hablar de mi vocación! Éste es el portavoz oficial de la Iglesia de Cristo en Justin. El mismo que, al descubrir mi único paño de lágrimas, mi hora libre de la tarde, me lo quita para que sienta en mis carnes el agujonazo de su institución. 10 de octubre Otro momento bajo. Esta mañana, en mi clase de tercero, los cinco chicos del último banco se las arreglaron para darle la vuelta mientras yo escribía las preguntas del examen en la pizarra, de modo que, al volverme yo, ellos me estaban dando la espalda. Les puse un negativo a cada uno, pero los tres chicos del centro del banco se quejaron con tanta vehemencia de que sólo los dos chicos de los extremos habían movido el banco que cobardemente terminé por rendirme y les borré los cinco negativos. Me di cuenta de que los demás me miraban con gesto de abierto desprecio. ¡Dios mío! Si me convierto en una criatura digna de compasión, ahórrame al menos el pecado de la autocompasión, al que tiendo horribilmente. 12 de octubre Anoche me encontré una rana muerta en la cama. Al tocarla con el pie desnudo, me asusté y se me revolvió el estómago. Me pregunto si alguna vez se le ha hecho una jugarreta de éstas a un profesor de Justin. Obviamente, eso no voy a saberlo nunca, porque nunca me atreveré a confesar que me la han hecho a mí. Dios mío, ¿terminará esto alguna vez? 14 de octubre El señor Ives es un hombre pequeño, con manos y pies aún más pequeños, y lleva unos zapatos sin cordones ni hebillas que recuerdan los escafpines de las hadas. El pelo, de color blanco amarillento, le cae sobre la frente ovalada formando un triángulo bien liso y cuidado, y tiene una mirada ambarina y fija que, junto con su pequeña nariz ganchuda, bien podría darle la apariencia de un gavilán, de no ser porque su costumbre de llevar trajes de tela gruesa, con pelusa, así como su manera de inclinar la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras camina, hacen pensar en un ave de menor distinción. Tanto en la personalidad como en el aspecto, el señor Ives parece el polo opuesto del doctor Prescott. Tal vez sea lo debido en un segundo: su gloria está en el detalle, y no hace nada por ocultarlo. El director abarca el vasto campo de lo intangible: Dios, el alma de los chicos, el espíritu del colegio; Ives ejerce su dominio sobre las menudencias del programa de estudios y las infracciones a la disciplina. Los chicos le atribuyen una clarividencia excepcional en estos asuntos; parece saber por puro instinto quién está fumando

en el sótano y quién se ha ido sin permiso a montar en piragua al río Lawrence, pero, a pesar de toda su astucia, a pesar de todos sus hirientes sarcasmos, de sus cadenciosas regañinas y chasquidos de dedos, este andrógino azote de los alumnos goza de una popularidad extrema, y el mayor honor social al que puede aspirar un estudiante de sexto es a que se le invite a jugar al bridge en su estudio el sábado por la noche. Pero para los alumnos —y para los profesores, ay— más jóvenes, es un Mefistófeles, y se ha estado fijando en mí como un coyote se fijaría en una vaca herida. Estoy convencido de que todo lo sucedido hasta ahora ha sido puesto en su conocimiento de inmediato, y me imagino que estará debatiéndose entre despedirme hoy mismo, con todos los problemas que causaría una sustitución con el curso empezado, o ir apuntalándome para que le dure todo el curso. Esta mañana me ha llamado a su despacho en el edificio del colegio y me ha dicho que le habían llegado quejas por ruidos en mi dormitorio después de apagar las luces.

—Imagino, señor Aspinwall, que no habrá dejado a los chicos sin vigilancia. —Oh, no, señor. Me quedo siempre allí. —¿Ha tenido algún problema de audición últimamente?—No, señor. Intentaré hacerlo mejor. —Hágalo, señor Aspinwall. —Chasqueé los dedos. Como siempre habla con la misma cadencia burlona, debe de haber adoptado ese tono para hacerle saber a su interlocutor que lo que dice va en serio—. Hágalo, se lo ruego. Encontrará usted que goza de todo el apoyo por mi parte y por parte del doctor Prescott en las medidas disciplinarias que tenga a bien imponer. La ley de un colegio es la ley de la selva. Cuando alguien es fuerte, lo respaldamos; pero si no es fuerte, lo arrojamamos a los niños. Como si tuviera que decírmelo. ¡Como si no supiera yo que todos ellos, alumnos y profesores, son parte de la misma jauría! Pero, viendo tal vez la desesperación en mis ojos, y sin voluntad de abrumarme, añadió: —¿Y sus delegados? ¿Dónde estaban?—No quise interrumpir su rato de estudio nocturno... Pensaba que tenía que bastármelas yo solo para manejar el dormitorio. —A veces es difícil empezar —dijo en un tono más amable, mirándome como si estuviera dándole vueltas a algo—. Voy a encargarme de que tenga un delegado disponible cada noche durante las próximas dos semanas. Y mientras escribo esta entrada, ya de noche, Bobbie Seymour, uno de los chicos del equipo de fútbol, está sentado en el sofá de enfrente, leyendo una revista de cine teóricamente prohibida en el colegio, pero da igual. En la siniestra oscuridad del ala del dormitorio, al otro lado de la puerta abierta, reina un silencio absoluto. Recurrir a más vigilantes tal vez haya sido una humillación, pero es mejor la humillación que el linchamiento. Ahora podré leer en paz otro delicioso capítulo de *Clarissa*. ¿Evasión? ¿Cómo que evasión? ¡Salvación, eso es lo que es!

17 de octubre

Por fin he visto a la señora Prescott. Cada domingo, después de comer, los miembros del claustro y sus mujeres se reúnen para tomar café en el estudio del director, una habitación cuadrada y amplia, llena de libros, aneja a la parte trasera de la casa de los Prescott. Hoy, la enfermera de la señora Prescott la trajo en su silla de ruedas y la dejó en una esquina, y todos nos dispusimos de pie a su alrededor, formando un respetuoso semicírculo, mientras el doctor Prescott, en lo que seguramente fue para él un desacostumbrado papel de chambelán, nos convocó uno por uno para tener nuestro medio minuto de conversación con ella. La pobre mujer está terriblemente demacrada y huesuda; su gran nariz aquilina parece haberle absorbido el rostro, de tal manera que, con sus cabellos ralos y teñidos, recuerda un buitre posado sobre una rama seca. No obstante, todavía resta en ella un punto de empaque que da indicios del carácter adusto y el resuelto intelectualismo de la Nueva Inglaterra de antaño. ¿O será, simplemente, que me he enterado de que es sobrina nieta de Emerson? Quedé sorprendido cuando el director me llevó del codo hasta su mujer. Yo había asumido que los otros profesores, más veteranos, acapararían la breve visita de la señora, pero me explicó que siempre quería conocer a los recién incorporados. Harry Ruggles, del departamento de Historia, uno de esos chicos fibrosos con gruesos rizos negros que no hacen más que sonreír, estaba hablando con ella cuando nos acercamos nosotros. No tuvo el tacto de levantarse, sin embargo, de modo que me vi de pie, en una posición incómoda, entre la silla de ruedas y el brazo del sofá sobre el que Ruggles estaba sentado con toda familiaridad. Ya se estaba haciendo pesado con lo que él llamaba la «novela social», y me alegró comprobar que la señora Prescott se aburría visiblemente. —Hoy hay bastante gente que escribe buenas novelas —le iba diciendo—, es gente que comprende que la estructura fundamental de nuestra sociedad ha cambiado con el *New Deal*. Tal vez no le guste, señora Prescott, pero es algo que no se puede negar. —¿Qué le hace pensar

que no me gusta? —preguntó ella, en un tono que hubiera servido de advertencia a cualquiera menos a Ruggles. —Bueno, pensaba que una dama de su generación y de su clase social estaría en contra de Franklin D. Roosevelt. —Muchas gracias, pero no soy ni una generación ni una clase social. Resulta que soy una persona, y que ya era del Partido Demócrata antes de que usted hubiera nacido, joven. —¡Mejor aún! Entonces será partidaria de mi idea de que los chicos lean algunas de nuestras novelas sociales más importantes. Sería divertido ver cómo se rompen sus burbujas de complacencia. En este instante, la señora Prescott me lanzó una mirada, y yo intuí que había adivinado mi solidaridad con ella. —¿Novelas sociales? —preguntó—. ¿Qué son las novelas sociales? Yo sólo distingo entre novelas buenas y novelas malas. —¿Y qué entiende usted por una buena novela?—*El egoísta*. —¿Meredith? —Ruggles se retrató con su sonrisa—. Era perfecto en su día, supongo, cuando tenía tiempo para él. —Yo tengo tiempo para él ahora —insistió la señora Prescott—. Y usted, señor Aspinwall, ¿a que también lo tiene? No sé si fue la sorpresa que sentí porque recordara mi nombre, o el inesperado temblor de consideración que creí adivinar en la firme entonación de sus palabras, lo que me hizo pensar que —por fin— había encontrado un aliado en Justin. Lo que sí sé con certeza es que en aquel momento me enamoré de la señora Prescott, y que mi amor me hizo valiente. —Siempre tendré tiempo para leer a Meredith —respondí calurosamente—. Siempre tendré tiempo para las buenas novelas. Y estoy de acuerdo en que sólo hay novelas buenas y novelas malas. En arte, el tema no tiene importancia. —Habló el departamento de Inglés —dijo Ruggles con tono de burla—. Imagino que Aspinwall pondría a Jane Austen a la altura de Tolstói. —¡Por encima de Tolstói! En ese momento, el doctor Prescott se acercó para irnos apartando, pero su mujer puso una mano sobre mi muñeca. —Déjame al señor Aspinwall, Frank. Tenemos cosas de que hablar, él y yo. —Una vez que Ruggles se hubo marchado con el director, ella se encogió de hombros—. Qué zoquete es este chico. ¿Se imagina que se rompa su burbuja de complacencia? Sería como la explosión del *Hindenburg*. ¿Por qué la enseñanza parece atraer a los intelectualmente débiles?—Quizá porque queremos parecer infalibles y pensamos que tal vez los chicos nos tomen por tales. Pero estamos totalmente equivocados. —Sí, totalmente equivocados —rezongó la señora Prescott—. El señor Ruggles sólo podría aspirar a engañar a gente de su misma edad, pero no se preocupe, no durará mucho aquí. Por la manera en que Frank lo toma por el codo, puedo adivinar que lo ha calado. Había oído decir que la señora Prescott se había vuelto escandalosamente franca en su vejez, pero aun así esto me pareció excesivo. Después de todo, yo era el profesor más joven, y ella la mujer del director. —Mucho me temo que me ha tomado del codo de la misma manera —me atreví a decir. —No. Era distinto. Sé distinguirlo. —Su enfermera se acercó; era hora de irse—. Dígame, señor Aspinwall, ¿puede venir a verme alguna tarde? Por las tardes es cuando estoy mejor, aunque me temo que estar mejor no signifique mucho últimamente. Pero tal vez podríamos hablar. ¿O es usted tan bruto que prefiere el fútbol a la filosofía?—¡Desde luego que no! Me encantará visitarla. —Quizá mañana, entonces. A cualquier hora a partir de las tres. Eso sí, no se lo diga a mi marido o le pondrá, sin duda alguna, a practicar algún tipo de deporte violento. Y entonces se la llevaron, con la cabeza gacha, mirando sus rodillas, sin reparar en ninguno de los saludos e inclinaciones de cabeza que a derecha e izquierda le prodigaban los miembros del claustro. Me pregunto si, cuando me presente mañana, recordará siquiera que me ha invitado. A buen seguro, los hilos que mantienen su fuerte carácter unido a este mundo son de la más delicada materia, y puedo entender que identifique ahora a todos los humanos con su propio cuerpo; ese cuerpo que, en plena decadencia, ya ha dejado de ser su amigo. 21 de octubre Esta semana he ido a visitar a la señora Prescott dos veces, la primera vez el lunes y la segunda hoy, en ambas ocasiones por espacio de unos cuarenta minutos. La segunda visita ha transcurrido mejor que la primera porque finalmente he logrado saber lo que quiere de mí: quiere que le lean en voz alta, y que lo haga alguien a quien ella no considere un tonto de remate. Durante mi primera visita, intenté hablar de algunos de los autores que me apasionan: Balzac, Daudet, George Eliot, Virginia Woolf, pero pronto descubrí que conversar la agotaba. Además, mientras que mi formación —si así se la puede llamar— está casi por entero basada en el verso y la novela, la suya es mucho más amplia, y abarca también la filosofía, la historia y las Bellas Artes. De George Eliot pasa de inmediato a John Stuart Mill y de Virginia Woolf a Bertrand Russell. Ella sonreía benignamente, con los ojos

entrecerrados, mientras yo seguía con mi cháchara. De vez en cuando me interrumpía con algún gruñido o breve comentario, pero sólo me detuvo en seco cuando cité a Henry James. —Ya sabrá usted que dictaba sus últimas novelas —me dijo—. La gente lo encuentra extraño en un estilista tan perfecto, pero en realidad no tiene nada de extraño. Siempre quería que lo leyeran en voz alta, así que ¿cómo iba a saber lo que escribía si no lo iba pensando en voz alta? —Aquí hizo una pausa y pareció estudiarme. —Naturalmente, ahora que tengo la vista tan mal, ésta es la única manera en que puedo leer a James. —¿No lo tiene grabado en discos? —Había un viejo gramófono en una esquina del salón, pero tenía toda la pinta de no haberse usado durante años. —Hay discos, claro, para los ciegos —murmuró—, pero con muy poco de lo que a mí me gusta. Esos infelices parecen formar un gremio no muy culto. —Estaría más que encantado de venir y leerle, pero me temo que no se me da muy bien leer en voz alta. Los chicos se alteran mucho en el rato de lectura previo a la hora de acostarse. —Yo no soy como los chicos, señor Aspinwall—me dijo insinuando una sonrisa—. Le quedaría muy agradecida. Pero ¿no tiene usted obligaciones deportivas? Me estremecí al recordar las órdenes del director. —La verdad es que no. Fue conmovedor ver con qué ganas me tomó la palabra. —Quizá podríamos empezar la próxima vez que venga. ¿*Los embajadores* le gusta?—¡Es mi preferida! Y eso hemos hecho. Hoy he leído durante tres cuartos de hora, hasta que ha llegado la enfermera. Creo haber estado muy bien, pero antes me había preparado leyendo el capítulo. La señora Prescott parecía dormida durante buena parte de la lectura, aunque eso incluso puede ser bueno en su actual estado de salud. Al menos me cabe la esperanza de que, por fin, esté haciendo algo por alguien en Justin Martyr. 30 de octubre

Es curioso cuánto significan para mí estas lecturas a una mujer anciana, siempre callada y quieta. Frente a la vida escolar, tan activa y ruidosa, ella ofrece un contraste que viene a ser como el de una pequeña capilla junto a una autopista atestada. Alguna mínima parte de su carácter se me debe de haber contagiado, porque empiezo a creer que me manejo mejor ahora, tanto en el dormitorio como en clase. No mucho mejor, desde luego, pero sí al menos un poco. Ayuda saber que, en este áspero mundo masculino, hay otra alma a la que le importan las cosas bellas. Mi admiración se extiende a cuanto la rodea. El gran salón cuadrado en el que la pobre señora Prescott pasa ahora sus largos días es, para mí, todo lo que un cuarto debería tener, probablemente porque lo tiene todo. Lo que quiero decir es que no le falta nada de los Prescott ni de Justin Martyr. El colegio se hace presente por el número de sillas y pequeñas mesas redondas, algunas del mimbre más sencillo, que se usan para jugar las noches de recibir; por el arcón de caoba con sus tableros de parchís, ajedrez y damas; por las fotos, aquí y allá, de estudiantes queridos; por las menciones de los que murieron gloriosamente en la guerra. Los Prescott están presentes por el retrato ovalado que muestra a sus tres hijas de ojos negros, unas niñas imponentes, incongruentemente vestidas de seda blanca con grandes lazos azules en el pelo; por un maravilloso dibujo del perfil de Emerson; por una acuarela del padre del doctor Prescott como oficial del Ejército de la Unión, y por los libros de la señora Prescott en alemán, francés e inglés, en encuadernaciones antiguas y modernas, y también en rústica, que llenan las estanterías, se amontonan sobre las mesas e incluso reposan apilados sobre el suelo. Es verdad, el cuarto está abarrotado de objetos, y hay muebles de todos los estilos, pero por encima de todo reina cierta armonía, una curiosa dignidad y una sencillez aún más curiosa.

Sinopsis

A finales del siglo XIX, Francis Prescott, un joven brillante y prometedor, licenciado en Harvard y Oxford, decide renunciar a un futuro más mundano y funda St. Justin Martyr, un internado masculino que con el tiempo se convierte en el colegio más exclusivo de los EE.UU. y en cuyas aulas se educan muchos de los hombres llamados a regir el destino del país. Cincuenta años más tarde un joven profesor del colegio recibe el encargo de redactar la biografía del carismático fundador y todavía director. Cada uno de

los testimonios que va recogiendo de amigos, ex alumnos, colaboradores y familiares le ofrece una visión distinta, a veces opuesta, de Prescott, de sus motivaciones y de los problemas a los que ha tenido que enfrentarse, de sus éxitos y fracasos. A través de esta controvertida figura Auchincloss construye un convincente retrato de las contradicciones de la clase dirigente americana durante la primera mitad del siglo XX.

Publicada por primera vez en 1964, *El rector de Justin* es probablemente la novela más famosa y apreciada de Louis Auchincloss, heredero literario de Henry James y Edith Wharton y cronista por excelencia de la clase dirigente norteamericana.

Como Auchincloss podía escribir, por comunion de linaje, un texto de semejante naturaleza corrosiva y hacerlo creíble e intemporal. **Robert Saladrigas (La Vanguardia)**

Auchincloss es uno de los más consumados y distinguidos escritores que ha conocido este país. Y *El rector de Justin* es una pequeña obra maestra de la literatura del siglo XX. **Jonathan Yardley (The Washington Post)**

Algunos escritores informan, otros instruyen, y otros nos enseñan cuán gratificante puede ser leer buena prosa. Auchincloss hace las tres cosas. **John Kenneth Galbraith** □

Exhibitors List [34wm3qqk3zl7] - idocpub - Monutcashicoutimi.ga Amazon Books. Par Coleen Rector.pdf.. I Just Woke Up Dead: Hell Highs Hope Par Justin Donner.pdf... El Infierno De Los Jemeres Rojos (Libros Del Asteroide N° 70) (Spanish Edition) Par Denise Affonço.... Abuse (ISSN Book 69) (English Edition) Par Academic Press.pdf Staff View: El rector de Justin - El Exilio Y El Reino (El Libro De Bolsillo - Bibliotecas De Autor - Biblioteca Camus N° 3451) (Spanish Edition) Par Albert Camus.pdf Peddorboomooec.ga (ePUB/PDF) - Raydofbranklinc.ga Amazon Books. HTA Del Anciano (Capítulo Del Libro Control Global Del Riesgo Cardiometabólico) (Spanish Edition) Par José.. Historias De Kimeria (La Caída N° 1) (Spanish Edition) Par .pdf... Half-Emrys: Master Of Lies (The Emrys Chronicles Book 1) (English Edition) Par Lisa Rector.pdf Exhibitors List [34wm3qqk3zl7] - idocpub - ... Alexander Hamilton University Press Biographies Book 1 English Edition & middot; Alexander Alexej Lebedjew Concerto No 1 Tuba Piano Fur Tuba Klavierbegleitung... Y Salsas Nuestras 100 Mejores Recetas En Un Solo Libro Spanish Edition... All Organs Terminology And Nerves On The Go Kenhub Flashcards Book 69 Mardoybjacksonj.ga (ePUB/PDF) - Sound Engineers Pocket Book (English Edition) Par Routledge.pdf & middot; School Level... SPIDER MAN N° 69 Le Triangle Infernal (oct 2005) Par Mark Millar.pdf. Surviving And Thriving In Ministry (English Edition) Par Justin Tull.pdf... Las Posesiones (Libros Del Asteroide N° 197) (Spanish Edition) Par Lluvia Ramis.pdf Exhibitors List [34wm3qqk3zl7] - idocpub - El Exilio Y El Reino (El Libro De Bolsillo - Bibliotecas De Autor - Biblioteca Camus N° 3451) (Spanish Edition) Par Albert Camus.pdf

Camdoebronvallem.ga (ePUB/PDF) - Eugdoebnepughc.ga Amazon Books. LG 29UM69G Moniteur De Jeu Ultrawide IPS De 73 Cm (29) 1ms 75Hz (2560 X 1080 Par HDMI.pdf... Las Posesiones (Libros Del Asteroide N° 197) (Spanish Edition) Par Lluçia Ramis.pdf... La Thérapie Cognitivo-comportementale: Guide Dinformation Par Neil A. Rector.pdf Staff View: El rector de Justin - Anndoibenakayamaj.ga Amazon Books. The Powerful Mantra (English Edition) Par N Mitra.pdf · The Road To Bliss... The Legacy Of Luther Strode #3 (English Edition) Par Justin Jordan.pdf... La Vuelta A Europa En Avión (Libros Del Asteroide N° 99) (Spanish Edition) Par Manuel Chaves Nogales.pdf <https://www.newsreport.io/n/ZA/mining-weekly/15913802> - El Exilio Y El Reino (El Libro De Bolsillo - Bibliotecas De Autor - Biblioteca Camus N° 3451) (Spanish Edition) Par Albert Camus.pdf Exhibitors List [34wm3qqk3zl7] - idocpub - This document was uploaded by user and they confirmed that they have the permission to share it. If you are author or own the copyright of this book, please Gardoybcoplind.ga (ePUB/PDF) - Rector De Justin,El: 69 (Libros del Asteroide) de Louis Auchincloss en Si ha realizado un pedido con destino a CANARIAS no podemos hacer el The Book Depository EURO El rector de Justin (Libros del Asteroide) (Spanish Edition).

Relevant Books

[[DOWNLOAD](#)] - Download Free The GODARIAN SON online

[[DOWNLOAD](#)] - Download book The Greatest is love: Love is the Kingdom culture of heaven epub, pdf

[[DOWNLOAD](#)] - Buy Book Legend of the Ice Box Wolf (Mojave Mountain Wolves Book 2) free pdf online

[[DOWNLOAD](#)] - Pdf, Epub Hello: Can You Hear Me? free epub

[[DOWNLOAD](#)] - Download ebook Alignment free pdf
